

Alexander Vasudevan

LA CIUDAD AUTÓNOMA

UNA HISTORIA DE LA OKUPACIÓN URBANA

Prólogo de Javier Gil

Traducción de Iosune de Goñi García

Alianza Editorial

Título original: *The Autonomous City*
A History of Urban Squatting

Esta obra fue publicada originalmente por Verso en 2017

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alexander Vasudevan, 2017, 2023
© del prólogo: Javier Gil García, 2023
© de la traducción: Iosune de Goñi García, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-239-4
Depósito Legal: M. 650-2023

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

Prólogo, por Javier Gil	11
Prefacio a la segunda edición	49
Introducción	55
1. De los barrios de chabolas a la Operación Mudanza: la soberanía okupa en Nueva York	71
2. «¿Quiénes son los okupas?»: la historia oculta de Londres	107
3. Construir un movimiento okupa: la política de la preservación y la provocación en Ámsterdam y Copenhague	143
4. «La lucha por la vivienda continúa»: okupación urbana y enfrenta- mientos violentos en Fráncfort y Hamburgo	177
5. Reensamblar la ciudad: urbanismos improvisados y la política de la okupación en Berlín.....	209
6. Apoderarse de la ciudad: urbanismos autónomos y la fábrica so- cial	251
7. La vida en las marismas y la ciudad improvisada: colonialismo, rein- vención artística y las contradicciones de la okupación en Vancouver	295
8. Recuperar Nueva York: la okupación y la ciudad neoliberal	329
9. Okupación, refugio y santuario: repensar la ciudad migrante	361
Epílogo.....	387
Agradecimientos.....	399
Notas	403

*Para todos los okupas que siguen luchando
por construir una ciudad más justa y sostenible.*

PRÓLOGO

Este verano una amiga farmacéutica me comentó que, durante el mes de agosto, varios ancianos habían llegado a la farmacia muy preocupados porque les fueran a okupar el piso mientras bajaban a la compra. La farmacia está situada en Vallecas, un barrio obrero de Madrid y una de las zonas de menor renta de la ciudad. ¡Pero si es imposible que a estos ancianos les okupen la vivienda! Las okupaciones no se pueden ejecutar sobre una vivienda que es morada —en la que hay alguien viviendo—, sino solo sobre una vivienda que esté abandonada. Pero el caso de estos ancianos no es un hecho aislado. Para muchas personas, la okupación se ha convertido en una grave preocupación y uno de los principales problemas del país. Y esto es lo que verdaderamente sorprende. En un país donde se rescata a los bancos con fondos públicos, donde se vende vivienda pública a fondos buitres y que acumula el mayor parque de vivienda vacía de Europa, personas

sin vivienda, sin trabajo y sin perspectiva de futuro se preocupan por la okupación.

Esto se debe a que se ha extendido la idea de que toda la población es susceptible de que le okupen la casa en su ausencia, cuando bajan a hacer la compra o se van de vacaciones, por ejemplo. Pero judicialmente es imposible. Si alguien entra en la vivienda de una persona en su ausencia, será desalojada y detenida de inmediato. Así lo establece el delito de allanamiento de morada, que será efectivo cuando se trata de la morada de la persona, es decir, del lugar de residencia de la persona o su segunda residencia (sí, tu casa, la de la playa, la del pueblo e incluso otra que puedas tener en la montaña). En cambio, si estamos ante un inmueble abandonado, que no constituye morada, el delito será de usurpación. En este caso, la pena es más baja, y el procedimiento judicial para ejecutar el desalojo, más largo. La legislación española diferencia entre los delitos de allanamiento de morada y usurpación, que son tipos penales distintos, y su comisión depende de la naturaleza del inmueble en el que se ha entrado¹.

Por lo tanto, una condición necesaria para que a alguien le puedan okupar la casa es que tenga una vivienda en propiedad en situación de abandono y desuso. Pero la mayoría de la población no cumple esta condición, porque la gente corriente no se puede permitir tener una vivienda en desuso, sino todo lo contrario. De hecho, según el CIS, solo el 2,9% de los hogares tienen una vivienda sin habitar². De esta manera, quienes acumulan mayoritariamente vivienda en desuso y son susceptibles de sufrir una okupación son las entidades financieras, las inmobiliarias, los multipropietarios o aquellas personas que se pueden permitir tener viviendas desatendidas. ¿A cuántas conoces? Por eso la mayoría de los pisos okupados son propiedad de grandes tenedores, y principalmente de bancos (que llevan años vacíos porque el banco no los ha

vendido ni alquilado tras desahuciar a la familia que los habitaba, esperando a una subida de los precios para movilizar la vivienda).

Los medios de comunicación han tenido un papel clave. Han dedicado largas horas de sus programas a difundir comentarios y reportajes sin base jurídica, distorsionando la realidad al confundir los delitos de allanamiento de morada y usurpación. Una confusión creada intencionadamente, para hacer creer que los intereses de la población coinciden con los de los grandes propietarios de vivienda. Y lo han logrado. Porque el anciano que se manifiesta contra la okupación por miedo a que le okupen la casa en realidad se está manifestando en favor de los intereses de los bancos, porque él no cuenta con las condiciones socioeconómicas necesarias para sufrir una okupación. Aunque la población no se vea afectada por el fenómeno de la okupación, se han creado un relato y una cultura en los que grandes grupos de población viven atemorizados porque su vivienda sea okupada, cuando en realidad no cumplen las condiciones para que esto suceda. Según escribo estas líneas, pongo en el buscador de noticias la palabra «okupas» y el espectáculo está servido: «Los okupas arruinan la vida a un hombre: “Perdí el piso y los hijos y no levanto cabeza”»; «Una mujer okupa la casa del asesino del pequeño Álex en Lardero y atemoriza a los vecinos»; «Los grandes propietarios de viviendas denuncian la escalada de la okupación con la “técnica Telepizza”»; «Vecinos de A Coruña denuncian cómo es vivir al lado de un edificio okupado: “Lanzaban heces por la ventana”»; «Temor en la zona de San Fernando en Palma: los okupas toman una segunda sucursal bancaria». Noticias de las últimas 24 horas. Estar un rato navegando por estas páginas es desolador. Es imposible no odiar a los okupas ni a sus defensores, aunque no quede muy claro exactamente qué es un okupa: si un ladrón, un drogadicto, un salvaje o un

delincuente cualquiera. Pero lo que sí queda claro es que hay que acabar con la okupación.

Sin embargo, la okupación es mucho más de lo que nos muestran los medios. No es algo exclusivo de España, ni un fenómeno reciente, ni mucho menos un fenómeno creado por Antena 3, aunque a veces lo parezca. *La ciudad autónoma* reconstruye la historia de los movimientos de okupación en Londres, Berlín, Ámsterdam, Nueva York y otros lugares del Norte Global desde el período de decadencia fordista hasta nuestra actual era de austeridad, como la define Vasudevan. Cada capítulo muestra las diversas y múltiples formas en que la okupación se ha desarrollado en distintos lugares y contextos, destacando algunas de sus cuestiones más significativas. Al hacerlo, despliega una serie de conceptos y argumentos sobre la importancia de la okupación y cómo podemos conocer y vivir la ciudad de forma diferente. Las okupaciones que muestra Vasudevan no tienen nada que ver con las que salen en Antena 3. Son personas que han tomado viviendas abandonadas para vivir. Por pura necesidad, o simplemente por el deseo de cambiarlo todo e imaginar formas de vida colectiva. También okupan edificios y solares para darles usos comunitarios, para impulsar proyectos contraculturales o modelos económicos alternativos. El libro también muestra que los okupas pueden ser personas que luchan contra un pelotazo urbanístico y contra la especulación, que se organizan para defender los derechos de los inquilinos o las personas de un barrio, junto a migrantes, feministas, personas LGTBIQ+ o antifascistas, o encapuchados que levantan barricadas y se enfrentan a la policía para reivindicar otro modelo de ciudad. Este es el amplio panorama de okupaciones que aparecen en el libro, cuyos efectos políticos trascienden la okupación en sí.

La ciudad autónoma refleja cómo la okupación es un fenómeno histórico de resistencias, reapropiación, autonomía,

lucha por derechos y utopías. Es una de las formas en que se manifiesta la lucha de clases en las ciudades postindustriales. Pero una lucha de clases muy particular: una que está atravesada por la construcción de autonomía. Donde la revolución no espera a que se den determinadas condiciones, ni está atravesada por transiciones como la dictadura del proletariado. Una revolución que se practica desde el aquí y el ahora. Una revolución que resiste contra los avances y ataques del capital, al tiempo que prefigura la sociedad utópica por la que se lucha y en la que se desea vivir.

Desde una perspectiva histórica, el movimiento de okupación nace con el auge de los nuevos movimientos sociales y el ciclo de militancia de finales de la década de 1960 e inicios de 1970 en Europa y Norteamérica. En el Norte Global, esta época vio nacer todo tipo de movimientos emancipadores que rechazaron las formas de organización y representación política de la izquierda tradicional, al tiempo que el denominado como Tercer Mundo se independizaba de los países coloniales a golpe de revoluciones socialistas. Fue, en definitiva, una época de fuertes cambios, también en términos económicos y de dominación.

Tras la crisis de la década de 1970, nació una nueva forma de gobernar el mundo: la desindustrialización, el ataque al Estado de bienestar y a las políticas sociales, la desarticulación del movimiento obrero y el giro neoliberal impulsado por la contrarrevolución conservadora que lideraron Reagan y Thatcher. Todo ello produjo fuertes cambios políticos y económicos, que también repercutieron en las formas de vida y en la propia ciudad, que dejó de ser un lugar desde el que sostener la producción económica y la reproducción de la fuerza de trabajo que la hace posible para convertirse en un espacio clave para la acumulación en sí misma. La ciudad, el urbanismo y el territorio se convirtieron en medios en los que

depositar el capital (que huía del sistema productivo o de la denominada «economía real»), bajo la expectativa de que ese capital anclado en el territorio aumentaría su valor de forma exponencial con el paso del tiempo. Así es como el urbanismo se convirtió en un elemento central para los procesos de acumulación de las siguientes décadas. La ciudad postindustrial, la ciudad global o la ciudad neoliberal han sido formas de nombrar este nuevo rol de la ciudad. Una ciudad que se incrusta, se conecta y se vuelve dependiente de los circuitos globales del capital a la vez que es moldeada por estos. El empresarismo urbano convierte a la ciudad en una máquina de crecimiento capitalista: la atracción de inversión se vuelve la nueva norma urbana. Para ello, la ciudad se reconfigura para producir elementos simbólicos y materiales de distinción que, por encima de todo, la hagan competitiva. Los pelotazos inmobiliarios van acompañados de grandes eventos deportivos y culturales que produzcan señas de identidad y faciliten la atracción de capital. Así, la ciudad se convierte en una empresa que compite con otras ciudades-empresas. En última instancia, se configura según las necesidades de los mercados financieros, ya que estos son la principal fuente de financiación municipal tras los procesos de privatización y las bajadas o la eliminación de impuestos. Durante este proceso se cierran las fábricas, los talleres y la industria, y las reformas laborales crean una nueva situación en la que las empresas de trabajo temporal sustituyen a los sindicatos y la precariedad a los derechos. Los espacios y relaciones de la ciudad se vuelven susceptibles de ser mercantilizados y el capital comienza a ordenar los territorios, las calles, los recursos y los usos de las ciudades según sus posibilidades para producir valor.

El neoliberalismo también produce cambios subjetivos que impactan en la forma en que la población vive y percibe la ciudad. Los obreros, según acceden a una vivienda en pro-

piedad, se empiezan a ver a sí mismos como clase media, y la subida del precio de su vivienda hace que su patrimonio aumente más por la revalorización de su propiedad que a través de mejoras salariales. El rumbo colectivo y la justicia social se dejan de lado, ya que la fantasía de la individualidad parece alcanzable. Un sueño que está atravesado por el rechazo de los sistemas de aprovisionamiento y organización colectivos, como los sindicatos o los lazos de vecindad. Este proceso desliga subjetivamente el bienestar individual del bienestar colectivo. El futuro ya no depende de conquistas sociales ni nuevos derechos que les hagan vivir mejor, sino de una eficiente gestión de sus propiedades —principalmente la(s) vivienda(s)— que les permita aumentar su riqueza familiar y ampliar su consumo. El acceso de la población al crédito es lo que empuja a la población hacia este modelo, un proceso que va acompañado de políticas de desregulación laboral y está marcado por el auge de la economía de servicios, la precariedad, las reformas laborales y las empresas de trabajo temporal. En definitiva, un proyecto profundamente ideológico cuyo resultado se puede comprender como la derrota histórica del proletariado a manos del capital.

En este contexto surgió el movimiento de okupación. Un movimiento que desafió todos estos procesos de reestructuración y sus nuevas formas de vida. Un movimiento que cuestionó las nuevas estructuras económicas y laborales, al tiempo que resistió contra los procesos de privatización o los pelotazos urbanísticos. Un movimiento que produjo nuevos modelos contraculturales e identidades que posibilitaron otras formas de imaginar, sentir y habitar el mundo. Un movimiento que, frente al individualismo y la atomización social, activó formas comunitarias de vida articuladas en torno a lo común, creando formas radicalmente distintas de relacionarse y vincularse. Un movimiento que se apropió del excedente

para impulsar economías paralelas basadas en los valores de uso, las necesidades y los deseos de la población, donde la vida no se subordinó a la economía sino que la economía se incrustó en nuevos sistemas de reproducción social. Todo ello se articuló experimentando con formas políticas radicales, que surgieron al margen de los sistemas de representación política de la izquierda institucional e incluso los negaron. En definitiva, un movimiento utópico tremendamente posibilista, donde las prácticas se convierten en actos revolucionarios que prefiguran la utopía postcapitalista hacia la que se camina.

No es solo okupar edificios

Hay una fotografía de una manifestación vecinal celebrada en Iruña en 1978 que sigue circulando a día de hoy por redes sociales debido a la fuerza de la imagen. Una manifestación abarrotada de gente que se aglutina tras la pancarta de cabecera, que dice: «Tenemos derecho a un piso. O nos lo dan, o lo cogemos».

La relación entre el derecho a la vivienda y la okupación siempre ha sido muy estrecha. Cuando hay problemas de vivienda en contextos que no están marcados por la escasez, la okupación de viviendas vacías siempre es una solución. En aquellos lugares donde hay problemas de vivienda, pero también escasez, entonces lo que se okupan son tierras para construir asentamientos: en el Sur Global la toma de tierras y la autoconstrucción son prácticas muy extendidas, como lo fueron en ciudades como Madrid o Barcelona a mediados del siglo xx. En el capitalismo, la asignación de recursos no se hace teniendo en cuenta las necesidades de la población, sino según elementos abstractos como el valor y el capital. Por lo

tanto, es frecuente que los problemas de vivienda se den más en contextos de abundancia que de escasez. La escasez, por lo demás, se crea políticamente, ya que se legisla favoreciendo el mercado y no las necesidades de la población ni los valores de uso de los recursos. La okupación de viviendas abandonadas o la de tierras son acciones que desobedecen dichos marcos políticos, creando una asignación alternativa de los recursos basada en las necesidades de la población. Por eso en las sociedades capitalistas se produce una situación donde hay «gente sin casas y casas sin gente», como dice un viejo eslogan del movimiento de vivienda. Cuando se da esta situación es cuando surge la okupación de inmuebles.

Históricamente, la okupación ha funcionado como un medio de acceso a la vivienda para los grupos sociales más empobrecidos. En el imaginario popular se suele asociar el movimiento de okupación a gente joven, punki o anarquista, un perfil que se puede encontrar a partir de las décadas de 1960 y 1970 en Berlín, Londres o Nueva York. Pero, como se verá a lo largo del libro, el perfil de las personas que han recurrido a la okupación como forma de acceder a un hogar es mucho más variado y complejo. Algunos casos resultan incluso sorprendentes, como el de los soldados ingleses que, ante la falta de viviendas sociales, okupaban edificios para vivir con sus familias cuando regresaban de la Segunda Guerra Mundial.

La ciudad autónoma recoge muchos ejemplos de la fuerte relación que siempre ha existido entre los movimientos de vivienda y la okupación. Como Vasudevan nos cuenta, en 1970 un grupo de familias puertorriqueñas okupó varios edificios abandonados en Nueva York para convertirlos en viviendas. Se trató de un movimiento liderado por mujeres puertorriqueñas de clase trabajadora. También en Nueva York, a principios del siglo xx, las primeras grandes movilizaciones de

inquilinas estuvieron protagonizadas por mujeres migrantes (principalmente judías). Estas mujeres impulsaron huelgas de alquileres, paralizaron desahucios, establecieron redes de apoyo entre inquilinos y crearon los gérmenes de los movimientos de inquilinos de Nueva York, una ciudad fuertemente marcada por las huelgas de alquileres desde entonces hasta nuestros días. Pero esta composición sigue muy vigente hoy, ya que las personas migrantes son las que más sufren la exclusión habitacional, y las mujeres siguen siendo las principales activistas y lideresas de los movimientos de vivienda. La Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), que ha parado decenas de miles de desahucios en España desde la crisis de 2008, también responde a esta composición, ya que las mujeres migrantes tienen mucha presencia en el movimiento.

Lo que normalmente se denomina «movimiento de okupación» es un fenómeno mucho más amplio y diverso de lo que suele pensarse, que va más allá de la okupación como medio de acceso a la vivienda. Un movimiento que surge en la década de 1960 y 1970 en Berlín, Nueva York y Londres, al calor de los nuevos movimientos de protesta y la reestructuración del capitalismo, protagonizado por personas dispuestas a cambiarlo todo pero a quienes las formas políticas de la izquierda institucional (como los sindicatos y los partidos) no les valen. Así, se impulsa la vida en comunidad como germen de una futura sociedad; nuevas formas de vivir, pensar y organizarse que cuestionan los modelos tradicionales. El «hazlo tú mismo» o DIY (*do-it-yourself*) se convierte en una forma de vida marcada por la autogestión y el rechazo de todas las formas clásicas de integración social: el trabajo asalariado, la vivienda en propiedad o las formas tradicionales de familia. Se trata, por el contrario, de desarrollar y experimentar con nuevas formas de vivir y de relacionarse, de no esperar a un futuro mejor, sino de construir la utopía postcapitalista en el día

a día. Formas de vivir que prefiguren modelos alternativos de vida, donde el único límite sea la imaginación. La okupación se convierte en un medio para crear un mundo mejor, al tiempo que se rechazan las estructuras y los principios básicos del capitalismo. «Tomamos lo que nadie quiere, pero tenemos lo que todos buscan»; esta frase del movimiento es muy ilustrativa de la materialidad que impulsa y sobre la que se organiza la okupación: usando los desechos del mercado (viviendas vacías, reciclaje de todo tipo de recursos y el principio del «hazlo tú mismo»), impugnando las estructuras de dominación que coaccionan las vidas de las personas (como el trabajo asalariado o la familia) y aprovechando el impulso de las relaciones sociales fundamentadas en el apoyo mutuo y la comunidad, crear formas de vida y relaciones alternativas que constituyan la base de la emancipación.

Los centros sociales okupados constituyen la infraestructura básica del movimiento. En ellos se practican nuevas formas de intervenir políticamente, de vivir la ciudad, de relacionarse, de desarrollar comunidades y subculturas y de engendrar formas novedosas de deseo. Son lugares de encuentro para la discusión y la socialización política, en los que se debaten, se crean y se experimentan otro tipo de relaciones. Los centros sociales producen nuevos mundos de posibilidades y promesas radicales. Aunque cada centro social es un mundo, el recorrido histórico y geográfico que muestra Vasudevan refleja la gran diversidad de proyectos que componen la infraestructura del movimiento: librerías, bibliotecas, cafeterías, comedores (normalmente vegetarianos y veganos), talleres de serigrafía, estudios de grabación, espacios de debates y jornadas, salas de exposiciones y de conciertos, clases de todo tipo (apoyo escolar, idiomas para personas migrantes, yoga o baile), talleres de bicicletas, radios libres, *hacklabs*, asesorías legales, huertos urbanos, cines, gimnasios y lugares para practicar

deporte, y en algunos casos hasta asistencia médica o clínicas alternativas (sobre todo en aquellos lugares donde se excluye a la población de los sistemas sanitarios por cuestiones étnicas o económicas).

Los centros sociales también se convierten en infraestructuras básicas para otras luchas y para los movimientos autónomos de la ciudad. De hecho, son cruciales para financiar estas luchas y recaudar dinero para los movimientos y colectivos. En algunos casos también se crean proyectos de autoempleo, con el objetivo de impulsar infraestructuras económicas al margen de la economía de mercado que les permitan subsistir sin tener que emplearse en la economía capitalista. Además, otro rasgo de los centros sociales okupados es que constituyen una acción directa permanente contra el sistema de propiedad privada y la especulación inmobiliaria. En la década de 1970 se okupó una antigua base militar de decenas de hectáreas en Copenhague, en lo que pasó a llamarse la Ciudad libre de Christiania. Christiania fue un intento de trascender y poner en práctica las formas y relaciones del centro social a una escala más amplia, nunca experimentada con anterioridad en la vida urbana. Un intento de crear la ciudad del futuro, basada en la autonomía, la autogestión y la vida en comunidad.

En la mayoría de lugares, los movimientos de okupación también han sido un actor clave de denuncia e intervención política en cuestiones relacionadas con la situación de la vivienda y el urbanismo de la ciudad. Se trata de adaptar el principio del «hazlo tú misma» a la cuestión de la vivienda. No esperar que el Estado lo solucione por ti (algo que, en muchos casos, nunca llega), sino enfrentarse a ello desde la autoorganización y la desobediencia, al tiempo que se antagoniza y entra en conflicto con el sistema de vivienda privado, sus estructuras y sus actores. *Do it yourself! Take the solu-*

tion of the housing problem into your own hands era el eslogan de la oficina de okupación de Ámsterdam. En la década de 1970 se abrieron oficinas de okupación en ciudades como Ámsterdam o Londres, y se publicaron numerosos manuales de okupación. El objetivo era difundir información práctica, compartir saberes y apoyar a las personas que necesitaban un lugar donde vivir para que también okuparan una vivienda abandonada. Décadas más tardes, se abrieron y publicaron este tipo de oficinas y manuales en ciudades como Madrid, Barcelona o Bilbao. El impacto de estas prácticas es doble: solucionar los problemas habitacionales de la población al tiempo que se denuncia la situación inmobiliaria de la ciudad y la mercantilización de los sistemas de vivienda. En algunos casos, incluso se realizaron okupaciones masivas y públicas para denunciar la situación de la vivienda en una ciudad, contando con un amplio apoyo social. Estos repertorios se observan también hoy en muchos lugares. En España, tras la crisis financiero-inmobiliaria, la PAH lanzó su campaña de Obra Social. Se trataba de «una campaña que persigue la reapropiación ciudadana de aquellas viviendas vacías en manos de entidades financieras fruto de ejecuciones hipotecarias. De manera que en aquellos casos en que las concentraciones ciudadanas no consigan paralizar los desalojos, la PAH apoyará y dará cobertura a las familias para que no se queden en la calle». El objetivo era realojar a familias desahuciadas en las viviendas vacías que acumulaban los bancos (fruto de los desahucios que habían ejecutado). Muchos de estos bancos habían recibido dinero público o incluso habían sido rescatados por el Estado. Por lo tanto, estas acciones de okupación contaron con un amplio apoyo social.

Por lo general, solemos asociar el movimiento de okupación a un perfil de persona muy concreto: gente joven, punki y anarquista, como se ha dicho. Pero la historia de la okupa-

ción muestra que se trata de un movimiento mucho más variado. La diversidad en la composición y las prácticas en el amplio y heterogéneo campo de la okupación refleja cómo en muchos casos la okupación ha sido un medio para potenciar las luchas e interseccionar con otras. De hecho, durante los últimos cincuenta años la okupación ha desempeñado un papel muy importante dentro de un amplio panorama de protestas en el Norte Global. Este libro es buena muestra de ello, ya que describe cómo ha sido también parte de las luchas feministas, *queer*, ecologistas o antifascistas. De hecho, en muchas ciudades ha habido centros sociales o viviendas colectivas feministas, *queer* o trans. Hoy día en Madrid pervive la histórica Eskalera Karakola, una «kasa pública transfeminista», como anuncian en su página web.

Una debilidad del movimiento de okupación es que cada okupación tiene fecha de caducidad. En algún momento, antes o después, llega el desalojo. Los desalojos han dado lugar a situaciones de elevada conflictividad en las ciudades, como bien recoge el eslogan «Los desalojos son disturbios». Se trata del último acto de resistencia, de defensa del territorio y de la infraestructura de todos los proyectos que se sustentan sobre los centros sociales. En la ciudad industrial, los imaginarios y repertorios de resistencia eran otros. Obreros de mono azul haciendo barricadas, cortando carreteras y lanzando objetos con tirachinas contra la policía. Eran repertorios para resistir ataques empresariales y conquistar derechos. Pero en la ciudad postindustrial, con el cierre de las fábricas y la terciarización de la economía, estas acciones fueron desapareciendo. Las imágenes de obreros en lucha que eran capaces de paralizar ciudades durante días forman parte del pasado. Precisamente en el cambio de modelo de ciudad (como reflejo de la reestructuración económica y política) estos imaginarios de luchas y resistencias comenzaron a ser producidos por el movimiento de okupación.

La ciudad autónoma está lleno de muestras de cómo la defensa de centros sociales y edificios okupados también paralizó ciudades. Barricadas, disturbios, acciones directas que se extienden por toda la ciudad, a veces incluso por todo el país y hacia otros países. En algún caso, el resultado es la victoria. Se paraliza el desalojo, el edificio se vuelve «indesalojable». En otros, el edificio es desalojado, pero se manda una señal muy importante a las autoridades que afecta a otros centros sociales: mejor llegar a acuerdos, porque los costes políticos de un desalojo pueden ser muy elevados. Todo ello ha dejado impactantes imágenes de resistencia, pero también de represión y ataque policial. Helicópteros y policía militarizada contra encapuchados que no lo ponen nada fácil, detenciones masivas y vulneración de derechos, acompañados de fuertes campañas mediáticas de criminalización de la okupación para legitimar la acción policial (asociando a los okupas con grupos terroristas, por ejemplo). Quizás el mayor mito en este sentido sean los desalojos de Mainzer Straße, que tuvieron lugar a finales de 1990 en Berlín. Tuvieron que intervenir 3.000 policías, con cañones de agua y un escuadrón de helicópteros. Tras tres días de batalla campal, cientos de heridos y 417 detenidos, los edificios fueron desalojados. Su equivalente en Madrid podría ser el desalojo de La Guindalera en 1997, que finalizó con 158 detenidos, fuertes disturbios y destrozos en varias sucursales bancarias (por valor de 25 millones de pesetas, según fuentes judiciales). También forma parte de esta historia el desalojo en 1996 de los Cines Princesa de Barcelona, que culminó en una batalla campal en el centro de la ciudad y dejó un saldo de cincuenta y cinco detenidos. Más recientemente se volvieron a vivir estas situaciones en 2007, con el desalojo del Ungdomshuset en Copenhague, en 2011 en Berlín con el desalojo de Liebig 14, o en 2014 en Barcelona, cuando tras días de fuertes protestas y disturbios se consiguió detener el desalojo del CSA Can Vies (que sigue oku-